

Una Epoca que Trepida de Miedo

por Sebastián Salazar Bondy

Un sabio soviético acaba de asegurar que, tal cual el hombre se propone ir, poner los espacios y poner el pie en los planetas que acompañan a la tierra en su eterno viaje en torno al sol, las gentes de los mundos siderales preparan sus vehículos para llegar a nuestro globo. Supone la afirmación que las distantes estrellas están habitadas y que el desarrollo de la técnica es ahí equiparable o superior al de la del hombre. Pero, ¿y la cultura? Eso, en este caso, es otra cosa. Tampoco la criatura terrestre puede jactarse de que su avance material corra parejas con el del espíritu, pues mientras la Luna se pone al alcance de los cohetes, la condición humana no ha obtenido el nivel cultural que equivalga a esa superación técnica. Concebimos al poblador de los planetas vecinos como un homínulo o un monstruo, y presentimos que está organizado para el terror. Allá, en la inmensa distancia, no está el ideal perdido. Más bien se sitúa en esas latitudes un infierno en que la razón no está atemperada por ningún sentimiento, por ningún amor. ¿Acaso los autores de ese novísimo género literario que se llama "ciencia-ficción"—en el cual ya se dan maestros, como Rad Bradbury por ejemplo— nos hablan de un Marte o una Luna en donde se haya logrado, al fin, la paz, la coexistencia democrática, la organización económica y social justa? Prefieren imaginar a estos distantes prójimos, dentro de su orden, como piezas de una perfecta maquinaria movida por una implacable y perversa disciplina.

En el fondo, se trata de una proyección psicológica. El hombre piensa que el superadelante de la técnica no puede conseguirse sino cuando la individualidad—que es la libertad y el espíritu— está reducida a la situación de "ro-

bot", de autómatas que obedecen ciegamente los mandatos de un gran constructor. Ese "complejo de culpabilidad" humano conforma la fantasía de los escritores que se han dado a la tarea de prever la mentalidad de los seres del espacio. El hombre que arribe al lejano planeta o el que dé la bienvenida a los de ahí, sucumbirá a



la crueldad. El horror atraviesa, como una vibración eléctrica, el alma de quien procura adivinar a los marcianos o a sus semejantes de otros ámbitos. Tal vez este acuerdo sobre la índole de tales personajes dependa del desequilibrio que se percibe en la sociedad humana: poderosos cohetes teleguiados, que implican un esfuerzo creador colosal y, al mismo tiempo, servidumbre, desamparo, hambre, enfermedad, analfabetismo en la mayoría del orbe. Lo primero se ha logrado por la aplicación desnuda de la razón, por su ejercicio pleno y ajeno, además, a toda ternura, y lo segundo permanece como está precisamente porque ese uso del instrumento racional, sin pizca de sentimiento,

ha motivado un olvido criminal del hombre por el hombre. Si las gentes del espacio nos visitan, será porque allá no ha habido—o han matado—esa rémora del corazón, que se complace y hace actuar a uno para los demás.

Cuando los navegantes renacentistas se echaban a la mar, más o menos convencidos de la redondez de nuestro planeta, temían el fin de la tierra, los monstruos marinos, las catástrofes, pero al cabo del viaje vislumbraban—puesto que el mito estaba enunciado desde Platón— el edén perdido. No llegaron a él, por supuesto, pero fueron impulsados por un idealismo que parecía conducirlos hacia ese lugar ignoto donde la sociedad era perfecta, donde prevalecía la convivencia natural, sin odios, emulaciones cruentas, absolutismos sojuzgadores de la persona. En el "otro mundo"—según aquel criterio— el habitante no tendría brújulas ni carabelas, pero sería "en el buen sentido de la palabra, bueno", para decirlo con el verso de Machado. En cambio, a la vuelta de los siglos, el navegante del espacio, ¿qué pretende? Primero, ganar en la competencia bélica—los efectos de propaganda de la técnica para el viaje interestelar son los principales, quién lo duda—, y luego, al parecer, ir a parar en un universo supercivilizado, que lo convertirá en su esclavo, o en un páramo que lo absorberá aniquilándolo. ¿El paraíso? No está en ninguna parte. El infierno sí. Todo es infierno, esto o aquello. La guerra aquí y allá, la servidumbre aquí y allá, el mal aquí y allá. El sabio que anuncia la llegada de los vecinos de allende la atmósfera nos advierte, expresa o tácitamente, de la inminencia de la muerte. Vivimos en una época que trepida de miedo...